

## VIII.

Agregadnos al número de tus Santos, para que en la eterna gloria os alabemos y bendigamos; derrama copiosas bendiciones sobre tu pueblo, rígelos con cetro benigno, gobiérnalo con piedad, ensalzando á tu Iglesia y dándola victoria contra la mentira y el error, y extendiendo el conocimiento de tu santo nombre á los pueblos que aún no han oído hablar de Tí, para que lo alaben por los siglos de los siglos, así como nosotros lo bendecimos y ensalzamos. *Et laudamus nomen tuum, etc., etc.*

## IX.

Suban, por fin, ¡oh Dios! nuestras alabanzas hasta el santuario de gloria donde habitais, y por tu dignacion santa no permitas que en este ni en ningun otro dia de nuestra vida nos domine la culpa; desde hoy te prometemos la enmienda de nuestros yerros, para que se extiendan más y más sobre nosotros tus misericordias, en las cuales siempre hemos esperado; Tú eres nuestro refugio y amparo; Tú, nuestro protector y padre; Tú, nuestro hermano y compañero; Tú, el esposo de nuestras almas; Tú, la guía de nuestros pasos; Tú, la luz, la verdad y la vida, y esperamos de tu misericordia que no ha de prevalecer contra nosotros nuestro enemigo, que no nos hemos de ver confundidos entre los réprobos, sino agregados al número de los que cantan tus glorias y triunfos por toda la eternidad. Amen.

## SERMON

SOBRE LOS

## PERJUICIOS QUE EL PROTESTANTISMO HA CAUSADO A LA SOCIEDAD (1).

*Et clamabant alter ad alterum, et dicebant: Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus exercituum: plena est omnis terra gloria ejus.*

Y clamaban alternando, y decían: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos: llena está la tierra de su gloria.

(ISAÍ., cap. vi, vers. 3.)

## I.

¿Es siempre verdad eso que decís, oh ángeles del Señor? La tierra, este lugar de destierro y de miseria, ¿es cierto que esté toda llena de la gloria de Dios? Yo contemplo sus bellezas, sus tesoros, sus montes, sus valles, sus lagos, sus rios, sus fuentes, sus mares, sus cuadrúpedos, sus reptiles, sus aves, y no puedo ménos de decir con vosotros ¡oh sublimes serafines! que así es: *La tierra toda está llena de la gloria de Dios.* Al alborear, cuando la naturaleza se encuentra silenciosa y tranquila, y empiezan á vagar por la atmósfera ligeras nubes matizadas de tintes de oro; al asomar por altas cumbres las hebras de luz que dan suaves coloridos á todos los objetos; al contemplar entónces el cuadro admirable de la

(1) Este sermón fué predicado en la iglesia de Santo Tomás de Madrid, el día 25 de Febrero de 1872, con motivo de la abjuración de seis familias protestantes, verificada en dicha iglesia en manos del Excmo. é Ilmo. señor obispo de Archis, auxiliar de Toledo.

vegetacion delineado por la mano del Todopoderoso; al ver la magnífica armonía que guardan entre sí tantos y tan variados objetos; al oír entónces el suave murmullo de toda la naturaleza, que parece que se despierta del sueño de la noche; al percibir los múltiples, pero unísonos, ecos de las avecillas que cantan, de los ríos que susurran, de las cascadas que resuenan, del mar que se mueve con calma, del corderillo que bala, del buey que muge, del pastorcito que canta y de los hombres que se ponen en movimiento, no puedo ménos de decir que *toda la tierra está llena de la gloria de Dios.*

Y lo mismo me sucede cuando, cubriéndose el cielo de negros nubarrones, abren éstos sus cataratas, y empujándolas el furioso huracan, empiezan á descargar rayos y centellas, y á derramar torrentes, convirtiendo los ríos en lagos, los lagos en mares, y éstos en abismos que hierven, como si un volcan inmenso los recalentára, que suben en olas espumantes hasta las nubes, y bajan como si un volúmen de peso incalculable los aplanára, y que despidiendo de su superficie rebramantes aquilones, los envían á la tierra, donde derriban torres, arrancan robles de cien años, y hasta derrocan peñascos. Contemplo esa revolucion imponente y ese choque horrible de los elementos, y no puedo ménos de exclamar: *La tierra entera está llena de la gloria de Dios.*

Pero decidme ¡oh ángeles santos! que estais repitiendo sin cesar estas mismas palabras: ¿es siempre cierto que la tierra esté llena de la gloria del Altísimo? Vive en la tierra el hombre hecho á la imágen y semejanza de Dios; y este mismo hombre á quien el Sér divino ha dado inteligencia y afectos para que lo conozca y lo ame, se levanta contra Él, blasfema de su nombre, le usurpa sus derechos, le ultraja y le desprecia, le disputa su imperio, levanta ídolos de piedra y les ofrece incienso, y se erige él mismo en númen, adorándose á sí mismo, á su propia razon,

insultando á Dios y diciéndole que no necesita de Él. ¿Es verdad, pues, que cuando todo esto sucede en la tierra esté ésta llena de la gloria de Dios? Sí, dicen los ángeles; porque *el Señor hizo todas las cosas para su propia gloria* (*Prov.*, cap. xvi, vers. 4). Y esta gloria es increada, y lo ocupa todo con su inmensidad, y ni la aumenta la que le rinden los ángeles del cielo y los justos de la tierra, ni la disminuye que le niegan los hombres malos é impíos de la tierra: *Plena est omnis terra gloria ejus.*

## II.

Esta gloria de Dios, mis amados oyentes, así como es esencial é increada en Dios, es tambien invisible; pero como Dios ha criado al hombre para que lo glorifique éste en todas sus obras; como al criar los cielos, la tierra y cuanto hay en ella, no sólo tenía por fin la manifestacion de su gloria á las criaturas racionales, sino el bien del hombre para quien lo criaba; y como éste, á quien Dios ha comunicado sus dones, como á ninguno de los seres visibles, está obligado á rendirle sin cesar un homenaje de gratitud por su bondad infinita, resulta que al dar éste gloria á Dios por sus misericordias, se hace aquélla visible y palpable, así como se ve y se palpa el desprecio del pecador que ultraja al Señor. Pero esa gloria no es la esencial, la increada, la inmensa de Dios, ni proporciona al mismo Dios bien alguno, pues es Él esencialmente la bondad y la felicidad: esa gloria es exterior, y redundando exclusivamente en bien de quien se la da; porque así como Dios crió al hombre para que lo conociese y amase, así le mandó que le glorificase en sus pensamientos y acciones, para que al cumplir con este deber de justicia fuese feliz en la tierra y en el cielo.

Fácil es comprender que esta gloria extrínseca habia

de tener tantas alternativas, cuantas son las volubilidades del hombre, á quien Dios concedió la honra inestimable de que libremente abrazase el bien; pero que, herido por el pecado de origen, contrajo la enfermedad de propender con facilidad al mal: unos hombres, abusando de su libertad natural, no levantarían sus ojos al cielo, se desdenarían de conocer á su Criador y de alabarle, y lo despreciarían y ultrajarían; otros, correspondiendo á la gracia del cielo y haciendo buen uso de su libertad, lo adorarían, lo temerían, lo alabarían y lo ensalzarían, haciendo todas sus obras para honra y gloria del Señor. Pero ¿se creerá que los ultrajes y los menosprecios de los primeros derogarían en algo, áun á esa gloria exterior que las criaturas racionales dan á Dios? No, mis amados hijos; porque hay un día, y este día ha de llegar, en el cual el impío, el blasfemo, el perjuro, el malvado han de rendir homenaje público, solemne y universal á la justicia y santidad divinas, ya que, cuando vivían en la tierra, no lo quisieron rendir á su misericordia; porque, habiendo criado Dios todas las cosas para su gloria, destinó al impío para que se la dé también en el día malo (*Prov.*, cap. xvi, vers. 4), en el día de su muerte, y en aquel en que el Hijo de Dios ha de juzgar al mundo entero.

Y es precisamente esta alternativa la causa de hallarnos todos nosotros reunidos hoy en este sagrado recinto. Es hoy un día de gloria para Dios, de fiesta para los ángeles, de regocijo para los hombres, de triunfo para la fé, de alegría para la Iglesia, de contento para la España, siempre católica, y lo que más encanta nuestros corazones, lo es de dicha, de paz y de regocijo celestial para esos nuestros hermanos, que vienen hoy á dar un testimonio público y solemne de su fé, y de que quieren dar gloria á Dios en sus obras. Siempre, por tanto, pero hoy con más razón, podemos y debemos alabar á Dios

con los serafines, y decir como ellos: *Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos: llena está toda la tierra de su gloria.*

## III.

Este acontecimiento os encanta y enamora y extasía, mis amados oyentes; pero yo voy á deciros ahora una cosa que os llene de asombro. ¿Sabeis quién ha dado ocasion á este acontecimiento tan fausto? Un mónstruo. Voy, pues, á deciros qué monstruo es éste, para que huyais de él, pues anda entre nosotros. Anda por Madrid, por Sevilla, por Barcelona, y también ha querido andar por los campos, aunque de allí ha sido ahuyentado á pedradas; y gracias á Dios que nuestro pueblo es sensato, y puede decirse el más civilizado del mundo, pues soporta con tanta mansedumbre las calamidades que le oprimen; gracias á Dios, repito, que, si no fuera así, ese mónstruo hubiera sido arrojado de otro modo más terrible. Voy á pintároslo, para que lo conozcais y huyais de él.

Pero ántes, conociendo que en inteligencia soy escaso, y en la palabra tartamudo para hablar de cosas sublimes, os suplico que me ayudeis á invocar la gracia del Espíritu Santo, por la intercesion de la Virgen, á quien con humildad y reverencia saludamos todos diciendo:

AVE MARÍA.

## IV.

Entre los beneficios sin cuento que Dios ha hecho al linaje humano, campea sobre todos el de haberse dignado enviar á su Hijo para que nos redimiera y fundara su Iglesia pura, sin mancha ni arruga, como dice el Após-

tol (Ephes., cap. v, vers. 27). Una vez fundada esta Iglesia, nos otorgó otro favor, y fué el inspirar el Espíritu Santo á los Apóstoles los libros admirables que nos dejaron, en los cuales nos explican la doctrina del mismo Hijo de Dios, avisándonos además que en todos tiempos se habian de levantar Anticristos, pero advirtiéndonos en especial que en los tiempos venideros se levantarían hombres corruptores de toda doctrina, quienes apartarian á los demás de la verdad, y se volverían á sus fábulas y á las de otros: esto decía á Timoteo el Apóstol de las gentes (II ad Tim., cap. iv, vers. 4.º), y San Pedro decía á toda la Iglesia *que en los últimos tiempos han de venir impostores artificiosos, que andarán segun sus propias concupiscencias* (II Petr., cap. iii, vers. 3.º). Pero no se contentó el Espíritu Santo con dar á la Iglesia, su Esposa, estos documentos y avisos, sino que quiso revelarla su historia, describiéndola entre acontecimientos misteriosos y representaciones sublimes, en cuyo estudio pudiesen los creyentes entrever en qué época se encontraba la misma Iglesia militante.

Muchos, grandes y admirables son los sucesos que nos describe el Espíritu Santo en este libro: allí se ven las persecuciones de los tiranos, los triunfos momentáneos de la iniquidad, el orgullo de los pueblos rebeldes á Dios, la matanza horrorosa de los siervos de Cristo, los laureles con que están coronados en el cielo, y la union admirable que hay en la Iglesia entre el Anciano y cuantos príncipes están á su lado para dar todos gloria al Cordero, y tambien la armonía que reina entre la Iglesia que milita y la que triunfa; pues miéntras la una combate y ora alabando á Dios en la tierra, la otra ofrece al Cordero sin mancilla sus oraciones y sus alabanzas en el cielo. Allí se describe la ciudad de Babilonia, fundada sobre siete prominencias de vicios y pecados, se refieren sus riquezas, su lujo, sus placeres, su corrupcion, su

copa de oro, llena de abominaciones, con las cuales ale-targa á los habitantes de la tierra, y se la ve embriagada en la sangre de los mártires de Jesus, al paso que tiene á sus órdenes ejércitos de soldados que hacen sin cesar la guerra á Dios y á los Santos, y ponen sus reales cerca de la ciudad escogida, y la sitian, y la acosan y combaten, para ver si consiguen destruirla. Allí, por fin, se describe la destruccion de Babilonia, el llanto de sus amadores, el cántico de alegría de los justos, y la traslacion de toda la Iglesia militante á la Jerusalem celestial, para alabar á Dios por los siglos de los siglos. Esta es, en resúmen, la historia profética del *Apocalipsis*.

Pero cuéntase en este sagrado libro un hecho monstruoso, y es el de haber caido del cielo á la tierra una estrella, á la cual fué dada la llave del pozo del abismo, y que lo abrió, saliendo de él un humo semejante al de un horno muy grande, el cual oscureció el sol y el aire. Todavía sucedió más: salieron tambien langostas sin fin, á las cuales se les dió poder para dañar y herir de muerte á cuantos hombres no tenían el signo de Dios en sus frentes, pero prohibiéndoles que dañasen al heno de la tierra, ni á nada que tuviese verdor, ni á los árboles. No concluye aquí la historia del suceso: el autor inspirado describe la monstruosidad de estas langostas, y nos dice quién las gobierna; y tenían, dice, estas langostas el aspecto de los caballos dispuestos en forma de batalla y prontos á pelear; eran sus caras como de hombre, y llevaban cabellera como las mujeres; su dentadura era de leones y llevaban tambien coseletes de acero, y eran sus colas como la de los escorpiones, y tenían á su cabeza al ángel rey del abismo, que se llama el exterminador. (*Apocal.*, cap. ix, versículos 7, 8, 9, 10.)

## V.

Hemos descubierto el mónstruo, mejor dicho, el conjunto de mónstruos: este mónstruo es el protestantismo: el protestantismo, que empezó por la caída de Lutero, que era ántes como una estrella en el cielo de la Iglesia, pues nos dice la historia que en su juventud daba señales de ser un religioso de vida arreglada y hasta ejemplar, se robusteció por la agregacion de otros muchos parecidos á él en su profesion sacerdotal y en su apostasía, y se hizo temible por haberse afiliado en él príncipes y pueblos poderosos, se presentó con todos los caracteres que señala el libro sagrado de la revelacion, feroz como los corceles que entran en batalla, hambiento de bienes terrenos para devorar como los leones, abrasado en el fuego de la lujuria como mujer sin honor y sin pudor, y dispuesto á ir inoculando su tósigo en los hombres, como lo hacen los escorpiones con la uña venenosa, al clavarla en quien tropieza con ellos. El protestantismo se presentó á combatir contra la civilizacion é ilustracion del Evangelio, á destruir toda autoridad, y á introducir en la sociedad una idolatría nueva, la idolatría del racionalismo, más funesta para el mundo que la antigua de los pueblos bárbaros; y hay que decirlo con toda libertad: á él se le deben todas las revoluciones modernas, y esas nomenclaturas de los derechos del hombre con olvido de todos sus deberes, esos derechos que se llaman ilegislables é inmanentes, y que pudiéramos llamar derechos de oscurantismo y de confusion tenebrosa, pues se intenta dar una inmanencia que es sólo propia del Sér infinito al sér de un dia, al que, puesto en parangon con Dios, es un gusano. Estadme atentos, y comprendereis, mis amados oyentes, que el protestantismo es el destructor de la verdadera ilustracion.

La herejía del siglo décimosexto se presentó con un carácter especial, que no habian tenido las que la habian precedido: porque si bien todas proceden de un mismo principio, la última se dirigia á destruir lo que sus hermanas mayores habian profesado, respetado y reconocido. Porque, en realidad, toda herejía formal, siendo una rebelion contra Dios y contra la Iglesia, que enseña por órden suya la verdad, es una negacion implícita de la autoridad; pero no todas las herejías ni todos los heresiarcas se han propuesto por objeto primario la negacion de la autoridad; al contrario, vemos desde los primeros tiempos del Cristianismo que cuando los herejes al aparecer eran condenados por los Obispos de la region donde predicaban sus errores, fuera aisladamente ó fuera en Concilios provinciales ó nacionales, apelaban al Papa; por consiguiente, reconocian en él al Maestro infalible de la fé, al primer Jerarca, que podia aprobar ó no aprobar las decisiones de los Concilios; reconocian, por fin, el principio de autoridad, aunque despues lo desconociesen, siguiendo con tenacidad su opinion propia, y muriendo anatematizados. Y esta conducta la vemos observada hasta los tiempos de Abelardo; pero al poco tiempo las herejías empezaron á variar en su objeto inmediato, y los heresiarcas no se contentaron con negar los dogmas que se les antojaba, sino que empezaban su rebelion por negar la autoridad de la Iglesia, y sobre todo la del Romano Pontífice.

## VI.

Como se echa de ver con facilidad, estas herejías llevaban una tendencia manifiesta y otra implícita: una vez negada la autoridad divina de la Iglesia visible, y de su Cabeza tambien visible, lo que era el objeto inmediato de esas herejías, se descubria la tendencia indirecta á

negar la autoridad política y civil de los Soberanos. Pues negada la autoridad de aquel á quien el Hijo de Dios dijo clara y expresamente que su fé no faltaria jamás, que confirmase á sus hermanos y apacentase á todo su rebaño, á todas sus ovejas, á todos sus corderos, era consiguiente que se habia de negar la autoridad de los príncipes seculares, quienes, si bien ejercen autoridad porque Dios se la da, pero no han sido nombrados Reyes y príncipes inmediatamente por Dios, ni mucho ménos han recibido de él la promesa formal y expresa de que por sucesion hereditaria de su dignidad han de reinar sus descendientes hasta el fin. Este privilegio ha sido concedido únicamente al Vicario de Cristo, quien en el reino de éste, que es la Iglesia católica, será el Monarca espiritual de ella hasta la consumacion de los siglos. Todas las otras sucesiones, en punto á coronas, reinos y principados, existen en virtud de leyes del derecho público, ó por las de conquista, ó por las de sucesion hereditaria; y bien sabido es que Dios quita el reino á quien le place, y lo traslada á quien le agrada. (Dan., cap. iv, vers. 22.) Estas herejías tenian, por lo mismo, la propiedad innata de no poderse publicar sin sembrar en el pueblo el descontento, la suspicacia, el deseo de sacudir el yugo de la autoridad temporal y el gérmen de la rebelion; y sin inspirarle ideas erróneas que atacaban la sociedad misma, cuales son las del comunismo, las del derecho de soberanía de los pueblos, las de la licitud de toda rebelion y las de ilicitud de posesion de bienes temporales en ciertas personas de la sociedad.

Es cierto que este basilisco infernal habia asomado su cabeza en los siglos que precedieron inmediatamente á la Reforma; Wiclef, Juan Hus y Jerónimo de Praga, así como Marsilio de Pádua y Juan Janduno, habian predicado la decadencia de la autoridad y el derecho del pueblo á sublevarse contra los Reyes y los príncipes;

pero éstos eran como chispazos de fuego, que supieron apagar muy pronto los Ricardos de Inglaterra y los Segismundos de Alemania. Pero el mónstruo no habia salido á la superficie de la tierra; este mónstruo es el protestantismo: se le ha llamado con razon mónstruo de cien cabezas, y pudiera llamársele de cien mil, pues ha establecido por principio fundamental de su existencia el derecho de estar protestando siempre contra la autoridad divina de la Iglesia, y el de no reconocer ningun hombre más autoridad que la suya propia ó individual en la interpretacion é inteligencia de los dogmas revelados y de los preceptos de la ley de Dios. No hay para qué probar esto, cuando una experiencia fatal ha confirmado en la práctica lo que la misma razon natural enseña que tiene que suceder, despues de establecidos ciertos principios que por su naturaleza son disolventes.

Estas doctrinas fueron proclamadas por Lutero, Calvino, Zuinglio, Teodoro Beza, Martin Bucero, Lelio Socino y otros hombres, seduciendo con ellas á los pueblos y aún á algunos príncipes; y fueron ellas tambien el gérmen que habia de producir con el tiempo la revolucion que en Inglaterra llevó á Cárlos I al patíbulo, la que más tarde arrastró en Francia á Luis XVI á la guillotina; y ese es el origen de esa civilizacion sin principios fijos, turbulenta, fluctuante, sediciosa, que está expresándose, hace ya un siglo, en derribar tronos, en arrojar de ellos á sus Reyes, en tener á los pueblos en alarma continua, y en causar guerras atroces, y tan atroces, que dejan atrás á las de los tiempos llamados de oscurantismo y de barbarie: esa es la civilizacion que ha hecho su última etapa en 20 de Setiembre de 1870, cuando un Rey sacrílego ha bombardeado las santas basílicas romanas, y ha despojado del poder temporal al Vicario de Cristo: esa es la civilizacion que ha introducido tal confusion de ideas y tal ignorancia de los principios eternos é inmutables de jus-